



Seix Barral Biblioteca Breve

Hugo Chaparro Valderrama
Laboratorios Frankenstein ©

Los elogios de la tribu

I. LA VIUDA DE TORRES

Desde que Torres murió su viuda empezó a escribir. Buscando entre los alumnos que había tenido el maestro, contactándose con eruditos que conocían su obra, publicando en revistas literarias avisos en los que anunciaba que en lugares como Hatfield, Xalapa o Zúrich se habían encontrado poemas, cuentos y ensayos inéditos, sus lectores vieron cómo la obra de Ricardo Torres crecía de forma asombrosa.

Los ejercicios de estilo y las parodias de versos escritos con el mismo tono que había hecho célebre a Torres animaron el ingenio de especialistas que entonces quisieron ser, en diversas partes del mundo, reproducciones de Torres, soñando que acaso eran más talentosos que Torres y que podían alcanzar, de esa manera, *una breve eternidad*, como habría dicho él mismo.

La viuda les giraba cheques por los que ellos podían concentrarse en prolongar los tomos de su *obra inédita*. Ensayos sobre lenguas muertas y escritores misteriosos que sólo conocía Torres; poemas donde elogiaba el mundo de la antigua Grecia, el coraje de bandidos que vivieron en la Patagonia o la ética de los poetas guerreros que en una mano empuñaban «la espada en nombre de Thor» y,

en la otra, «la pluma leve y sagrada» abultaron su vasta bibliografía con volúmenes insólitos a los que honraban lectores que nunca desfallecían y se preguntaban cómo pudo sentarse a escribir lo que otros no habrían podido, así multiplicaran sus vidas, es decir, su imaginación.

Hernán Suárez Vallejo, el coleccionista más desconcertante de objetos y chucherías de Torres, como tantos coleccionistas que hipotecan su vida a los trofeos ridículos con los que llegan al cielo antes que otros mortales, se interesó en conseguir los manuscritos secretos anunciados por la viuda como tesoros ocultos para esa legión inmensa de piratas sin pudor que suelen rondar el mundo del mercado literario.

Suárez Vallejo contrató a un par de mujeres que se hacían llamar Gondret y Tosoratti. Las encontró en Buenos Aires adonde fue a comprar un reloj de pulsera que supuestamente Torres olvidó en una pensión de San Telmo, en la que, también le habían dicho, escribió su poema *El sable*. Para festejar, sintiendo el reloj triunfal entibiándole el bolsillo, se fue a cenar al Sevilla.

De sobremesa, Tosoratti pidió un cortado y Gondret, una lágrima. El mozo las conocía. Suárez Vallejo supo después que era un ruso de nombre impronunciable, al que todos le decían Boris, llegado a Buenos Aires detrás de una mujer que le hizo la vida un tango. Renunció entonces a una prestigiosa pero agobiante carrera en el Conservatorio de Moscú, donde compartió su infancia con criaturas increíbles como Evgeny Kissin.

—Si hubiera querido, Kissin habría tocado, sentado de espaldas al piano, una sonata de Liszt con la misma

intensidad que un pianista de seis brazos —afirmó, con admiración y nostalgia, en su español rudo y sonoro.

Gondret le comentaba esa tarde a Tosoratti un libro que revelaba los nexos, no del todo imposibles, entre Juan Domingo Perón y una oscura red criminal, implicada en el tráfico de armas, con la que el general había intentado una sórdida y desconcertante transacción: a cambio de las armas, Perón les entregaría a los contrabandistas, paulatina y discretamente, una vasta y considerable porción de la Patagonia.

—El negocio fracasó y la Patagonia...

—Siguió siendo la Patagonia —redondeó Tosoratti mientras buscaba un cigarrillo en su bolso.

Las chicas fueron recomendadas a Suárez Vallejo por un profesor de la Facultad de Letras. Se trataba de un oscuro académico, engegucido por el rencor y el marginamiento en los que se hundió por su falta de sagacidad y talento. Acostumbrado a la rutina frecuente de usurpar ideas ajenas y a parodiar invenciones de autores que le ayudaban para que se remolcara con soluciones mediocres, el profesor alargó, día tras día, el monólogo sin gracia de una vida jalonada por la inteligencia de otros.

Cuando las llamó a la agencia —«Gondret y Tosoratti», decía la puerta de la oficina debajo del logotipo que mostraba un ojo abierto, señalando que nunca dormían—, el profesor les pidió que espieran a su esposa. Según recordó Gondret, a la mujer le sacaron «unos cuantos retratitos» en hoteles de apariencia entre clandestina y sórdida, donde solía encontrarse con su vigoroso amante, «ese inmundo y detestable escritor de éxito», como gruñó el profesor

mientras veía las fotos, consiguiendo entonces las pruebas irrefutables para un divorcio que ella anhelaba más que él.

—Conocen la obra de Torres —insinuó el coleccionista, agregando un presuntuoso *supongo*.

—¿Y quién no conoce a Torres? —le respondió Tosoratti.

—Siempre hay alguien que lo cita —añadió Gondret—, aunque sea mal.

Suárez Vallejo sintió el palpito de una intuición cumplida. El profesor le había dicho: «Las chicas tienen carácter. No lo van a defraudar».

Pidió un café que probó, disfrutándolo despacio, y les propuso buscar a la señora Carrizo.

—¿Laura Carrizo? —preguntó Gondret—. ¿La viuda?

—El choclo —dijo Suárez Vallejo.

—¿Así le dicen? —averiguó Tosoratti.

—Por lo huesuda y forrada de tanto oro que tiene —respondió el coleccionista—. Y aunque parezca una broma, la señora ha trabajado para ganarse el apodo.

—Y usted quiere hablar con ella —dijo Gondret acunando su cara entre las manos.

—¿Con ella? ¡No! —recalcó Suárez Vallejo—. De hecho, la conozco bien. Pero me está fastidiando.

—Lo fastidia —repitió Gondret—. ¿Y cómo?

—Como ha fastidiado a tantos que luego de estar con ella tienen que salir corriendo cuando la vieja supone que andan detrás de su plata y ya no los quiere ver —explicó Suárez Vallejo—. Para nadie es un secreto que la señora Carrizo...

—Primero *vieja*... —dijo Gondret.

—Y después *señora* —redondeó Tosoratti.

Suárez Vallejo siguió sin atender la ironía.

—Es la única heredera que tuvo Ricardo Torres. Y que ahora, estando muerto, obliga a que su marido escriba y publique más de lo que pudo escribir mientras vivió en este mundo. Un día me citó en su casa. *Quiero que venga*, me dijo, *para mostrarle un secreto*. Era la carta enviada por Marcos Ferrer a Torres rechazando la que es, con toda seguridad, una de sus rarezas.

—¿Y quién es Marcos Ferrer? —preguntó Gondret.

—El editor exquisito —respondió Suárez Vallejo—. Se lo decían de broma porque era un figurón. Tenía dinero y buen gusto. Pero nadie es infalible. Y a Torres no le apuntó, perdiendo así una mina de oro. Por eso la carta es valiosa, porque certifica el mito, la verdad de una mentira que nadie podía creer.

Se demoró unos segundos en revelarles cuál era, saboreando el suspenso, como siempre había hecho cuando intrigaba a un amigo después de que le anunciaba alguno de sus tesoros, descubriendo en ese instante una sensual recompensa a su banal afición de cazador insaciable.

—*Las cuatro formas del tiempo* —murmuró Suárez Vallejo recostándose en la silla—: ¿Les dice algo?

Gondret miró a Tosoratti cuando la oyó responder:

—¿Las estaciones, tal vez...?

Suárez Vallejo sonrió. Compuso el gesto triunfal de un jugador ventajoso y les dijo:

—Torres aventuró la teoría del tiempo y sus cuatro formas: pasado, presente, futuro y eternidad, que las contiene a todas, *porque en la eternidad*, decía, *no hay antes ni*

después, sólo el tiempo, infinito, como una línea que avanza sin ir a ningún lado.

Tomó un sorbo de café y luego de poner la taza con un gesto delicado sobre el plato en el que apenas soltó un débil tintineo, se dio el tiempo necesario para pensar que tenía la atención de las dos chicas que nada más lo miraban como si fuera un dandi de formas amaneradas.

—Cuando Torres era un niño —continuó—, su madre lo acostumbró a leer en voz alta los libros de la biblioteca donde podían encontrarse volúmenes tan distintos como los cuentos de Saki, los *Monstruos* de Ambroise Paré o las historias de Poe.

—Qué instruido —murmuró Gondret, y a la mirada severa que puso Suárez Vallejo agregó—: el pibe...

—En su autobiografía, que nadie sabe si al fin la escribió el mismo Torres o la señora Carrizo acomodando las cosas para borrar los detalles de una vida misteriosa, como tantas, con sus pequeñas miserias y sus escasas virtudes, maravillosas en Torres, cuenta un hecho comprobable que repitió varias veces cuando solía recordar los años junto a su madre en esa infancia lejana, *vislumbrada en una casa que ya no existe en el mapa*. Una noche, alumbrados por las velas que había prendido su madre para ayudarle al misterio del cuento que había escogido, Torres leyó la historia de un escritor sin fortuna que viaja hacia el futuro, tratando de averiguar si alguien recuerda su obra o si vivió nada más para que fuera olvidado. Se lo aprendió de memoria y le gustaba decir, con una voz de ultratumba, semejante a la penumbra que rodeó su lectura, el fragmento en el que el Diablo se lleva al escritor...

—¿Cómo *el Diablo*? —le preguntó Tosoratti.

—Porque el Diablo compra su alma a cambio de transportarlo, cien años después, a una sala de lectura en el Museo Británico, donde el escritor comprueba que existe un diccionario en el que está mencionado, pero no como había pensado, suspirando ante el espejo, como tantos escritores que ven mientras que se afeitan el rostro de un premio nobel cuando no están más que ellos, haciendo lo que se puede por escribir un buen verso.

—¿Y qué decía el diccionario? —dijo impaciente Gondret.

Suárez Vallejo se acomodó la corbata, alisándola despacio, sintiendo contra la punta del índice que bajaba el estampado de tigres que decoraban la tela. Cuando llegó hasta el final, le respondió a Gondret:

—Que el escritor no era nadie, apenas una invención soñada por el autor que imaginó la aventura de ese pobre infeliz que hace un pacto con el Diablo y pierde todo en la apuesta.

Entonces Suárez Vallejo imitó la voz de Torres y recordó en voz alta:

—*Enoch Soames... Poeta de tercera categoría que se creía un genio e hizo un pacto con el Diablo para saber qué pensaría de él la posteridad... Ahora que el oficio literario es un servicio público, nuestros escritores han encontrado su lugar y han aprendido a cumplir con su deber sin pensar en el futuro... El que trabaja se merece la paga, y eso es todo. Gracias al cielo hoy en día no quedan Enoch Soames.*

—¡Pero es horrible! —exclamó Gondret.

—¿Qué cosa? —preguntó Suárez Vallejo.

—¡El tipo! —replicó Gondret—. ¡Pasó a la historia como si fuera un fantasma, en un cuento que relata su mala suerte en la vida!

—Y bueno —dijo Suárez Vallejo—. Al menos alguien le dio semejante privilegio.

—Sí —dijo Gondret—. ¿Pero a qué precio?

—¡Mejor estar que no estar! —le dijo Suárez Vallejo.

—¿Y ese nombre? —intervino Tosoratti.

—¿Enoch Soames? —murmuró el coleccionista—. Qué sé yo... Como decirle Fernández...

Buscó entre un portafolio que había dejado en el suelo y les pasó una copia del cuento que comenzaba, como leyó Tosoratti mientras Gondret la seguía:

—Cuando el señor Holbrook Jackson sacó a la luz un libro sobre la literatura de la década de 1890, busqué afanosamente a SOAMES, ENOCH en el índice. Temía que él no estuviera incluido. No estaba. Pero sí todos los demás...

—Bárbaro —murmuró Gondret.

A Suárez Vallejo le dio gusto que Gondret se interesara.

—A Torres el cuento lo impresionó de tal forma que no lo pudo olvidar y, según dice él, o su viuda, ya nunca volvió a pensar que el tiempo avanzara al ritmo, monótono y uniforme, marcado por el reloj que su padre le mostraba, colgado de una cadena, para guardarlo después en el chaleco del traje.

—¿Y qué pensó entonces? —averiguó Tosoratti.

—Lo que todos, tarde o temprano, sabemos —respondió Suárez Vallejo—, sólo que él lo escribió con la precisión de siempre, que habla por todos nosotros: que

el tiempo es un misterio y nadie puede entenderlo hasta que ya es muy tarde.

—Qué lindo —dijo Gondret.

—Lindo no —replicó Suárez Vallejo—. Triste.

—Está bien —dijo Gondret—. A mí me parece lindo.

—¿Y al fin cuál es el misterio? —intervino Tosoratti.

Suárez Vallejo buscó dentro del portafolio y sacó unas fotos que dejó sobre la mesa. En una estaba la casa donde había nacido Torres.

—Ahora, en esa esquina, pusieron un restaurante —aclaró Suárez Vallejo.

Era un rincón solitario, adornado con palmeras y un farolito discreto que iluminaba la entrada a esa casa de dos plantas, con un balcón de arabescos, quizás de hierro forjado, y unas ventanas enormes, protegidas por cortinas. Gondret se fijó en la sombra que salía de una ventana, entreabierta y permitiendo que ale-tearan los pliegues de una cortina extraviada sobre la que descubrió el manchón de una silueta que acaso, pensó Gondret, sería de Torres o, tal vez, de su madre, o incluso de ellos dos, es decir, de Torres en el balcón mientras su madre ordenaba, adentro, en la habitación, que se volviera a meter.

También notó que pasaban por el frente de la casa un par de caballos negros arrastrando la carroza que conducía un cochero, borroneados por la prisa que no definió el lente. Acercaría a una mujer, siguió soñando Gondret, a la cita con su amante, o quizás fuera al contrario, acercaría a un hombre que apresuraba al cochero, pidiéndole que corriera para llegar a la cita antes de que ella se fuera.

La otra fotografía era también de la casa, aclaró Suárez Vallejo, del jardín que para Torres era el recuerdo más fiel de una infancia *misteriosa, encantadora y feliz*, señaló el coleccionista, sin olvidarse jamás de todo lo que vivió *en ese rincón del mundo que para mí era el mundo*.

—¿Y esa frase? —preguntó Gondret.

—De Torres.

—¡Cuánta nostalgia! —exclamó Gondret, acercándose la foto que sostuvo, conmovida, entre sus manos delgadas.

Mostraba un árbol enorme, *un ombú*, pensó Gondret, que desplegaba sus ramas, tan grandes como el jardín, dándoles sombra a una fuente, a una mesa y a dos sillas, donde aparecían sentados, explicó Suárez Vallejo, doña Elvira Maciel de Torres y un niño, con traje oscuro y bufanda, *tan formal y puestecito como sería siempre Torres*.

—Qué lejos parece todo —dijo Gondret deslizándole la foto a Tosoratti.

—¿La quería mucho? —le preguntó Tosoratti a Suárez Vallejo, sin levantar la mirada, fijándose en el rastro, iluminado y blancuzco, que tenía un gato en la imagen, echado a los pies de Torres.

—No entiendo —contestó Suárez Vallejo.

—Torres... a doña Elvira —le aclaró Tosoratti regresándole las fotos—. Dicen que no fue muy fácil la relación de los dos...

Suárez Vallejo miró el gesto de doña Elvira pasándole un brazo a Torres por encima de los hombros para atraerlo hacia ella.

—Sí, la quiso mucho —respondió—. Pero ella lo quiso más, tal vez de esa manera que tienen ciertas mujeres,

celosas y posesivas, que ahuyentan al que se atreve a competir en su amor por el hijito que adoran, amargándole la vida.

—¿Por eso lo quiso más? —le preguntó Tosoratti.

Antes de responder, Suárez Vallejo les dijo si no querían más café. Llamó entonces al mozo que les tomó el pedido, para dejar en la mesa, antes de retirarse, tres servilletas azules con el nombre del lugar. Las chicas notaron cómo Suárez Vallejo alzaba su servilleta del puesto y la ponía con las fotos en uno de los bolsillos que tenía el portafolio.

—Estoy seguro —les dijo—. A pesar de tanto amor, Torres habrá pensado que su madre le dio todo, aunque también pensaría que le robó algunas cosas de las que pudo vivir cuando tenía que vivirlas.

—Por ejemplo —lo interrumpió Tosoratti.

—Las mujeres —dijo Suárez Vallejo—. Es parte de su leyenda: Torres, enamorado, soñaba que una mujer lo quería, que recibía nada más una admiración distinta a lo que era el amor o a lo que él suponía que podía ser el amor.

—Y para eso ayudaron los celos de doña Elvira... —se burló Gondret.

Suárez Vallejo miró su pelo negro y rizado, que le caía enmarcando la palidez de su rostro, como si fuera una imagen pintada por Botticelli. *Sólo le falta ser rubia*, pensó.

—Doña Elvira —continuó Suárez Vallejo— no era un angelito, pero tampoco un demonio. Apenas una matrona que protegió siempre a Torres con ese cariño ciego que asfixia al que lo padece.

—Además, siendo una viuda... —comentó Gondret.

—Cómo no —dijo Suárez Vallejo—. Y a una edad tan temprana.

—¿Por qué lo dice? —le preguntó Tosoratti acodándose en la mesa.

Suárez Vallejo esperó a que el mozo les sirviera, sorprendido por el baile que hacía culebrear al ruso entre las mesas.

—Don Francisco, el padre de Torres —siguió después de que Boris se retiró a otra parte y se llevó la sonrisa que intercambió con Gondret cuando les puso a las chicas un plato con bizcochitos—, murió de tuberculosis. Torres tenía diez años. ¿Suponen qué sentiría doña Elvira cuando tuvo que estar al frente de todo? ¿Una mujer que jamás se había enterado de nada distinto a su biblioteca y se quedaba con Torres cuando su esposo se iba a trabajar en la estancia?

—No me diga —suspiró Gondret—. Así que el padre de Torres era latifundista.

—La estancia no era gran cosa. De hecho, don Francisco repartía su tiempo: los fines de semana, en el campo, y de lunes a viernes, atendiendo en la ciudad, a unas calles de su casa, un anticuario de muebles donde podían encontrarse curiosidades y objetos que se llenaban de polvo. Lo hacía de buen corazón, intercambiando manteles, vajillas, frascos de cristal tallado, por alguna otra cosa que le sirviera al cliente, nada que fuera gran cosa. *Siempre hay alguien peor que uno*, le enseñó a Torres. *¿Y el día en que son los otros los que están mejor que uno?*, escribió Torres llorando cuando enterraron al padre.

—¿Pero tendrían sus ahorros? —le preguntó Tosoratti.

—Lo que produjo la venta del almacén y la estancia —dijo Suárez Vallejo—. Don Francisco, para admiración de Torres, entendía más de versos que de hacer rendir la plata. Y doña Elvira también. Así que el niño creció heredándoles el gusto por vivir en otro mundo.

—Hasta que el mundo diría: rajá que acá vengo yo —comentó Gondret.

—Con un poco más de gracia —replicó Suárez Vallejo. Tosoratti miró el plato y cogió una galleta en forma de media luna.

—Cómo... —le dijo al coleccionista.

Suárez Vallejo rozó, por encima del bolsillo, el reloj que había comprado y sintió que nadie más podía tener tanta suerte.

—Cuando empezó a trabajar —dijo cruzando los brazos—, fue corrector en *Caricias*.

—¿*Caricias*? —repitió Gondret—. ¡Qué atroz! ¡Si la compraban mis tías!

—*La revista femenina para el mundo femenino* —recordó Suárez Vallejo.

—¿Y qué traía la revista? —quiso saber Tosoratti.

Suárez Vallejo y Gondret le respondieron a dúo:

—Consejos... recetas... cómo hacer dulce de leche... qué modelito llevar para lucir en la fiesta... de qué manera enrularse *para tener esos rizos que enloquecen al marido*...

—O al vecino —añadió Gondret.

Suárez Vallejo y Gondret sonrieron al mismo tiempo.

—Lo que habrá sufrido Torres —aventuró Tosoratti.

—No era el mejor lugar —aclaró Suárez Vallejo—, pero tenía trabajo. Además, ni los Maciel ni los Torres

eran de esas familias que se largaban a Europa con toda la servidumbre, una carga de baúles y, si podían, con la vaca preferida que se traían de la estancia para beber leche fresca. Después de que se fue la herencia, el hijo tuvo que ver por doña Elvira y la casa. *Y si no es por Caricias*, decía, *jamás habría disfrutado de tantas curiosidades.*

—Como saber que las trufas del restaurante San Marcos son las más ricas de todas —recitó Gondret.

—¿Se lo aprendiste a las tías? —le preguntó Tosoratti.

—Aparte de otras cosas.

Suárez Vallejo esbozó lo que había sido *Caricias* para que Torres creciera, al margen de doña Elvira, conociendo ese misterio *que tanto le fascinó hasta el día de su muerte.*

—Tenía amores secretos —continuó Suárez Vallejo.

—¿Qué tan secretos? —averiguó Tosoratti.

—Tan secretos —respondió Suárez Vallejo— que la última en saberlo era la mujer que a Torres lo desvelaba en las noches.

—Qué romántico —murmuró Gondret.

—Entonces sufría montones —siguió sin que le importara el comentario que le escuchó a Gondret—. Y aunque después renegó de las verdades que dijo en sus primeros poemas, no tanto por las verdades como por esa manera sentimental y tortuosa que tuvo para escribirlas, el testimonio quedó impreso en la revista y sirvió de confesión para sus penas de amor.

—Cómo se habrá arrepentido...

—Sabía cuidarse —le dijo Suárez Vallejo a Tosoratti que estaba jugando con las boronas que desprendió la galleta, regadas sobre la mesa—. Así como era de ingenuo

para cuestiones de amor, escribiendo era un fantasma que se escondía, cauteloso, para no equivocarse.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Gondret.

—¿Se acuerda de una sección que aparecía en la revista? ¿La esquina de los poetas?

—Cómo no —respondió Gondret—. Si me tenía que aprender los versos que aparecían. *Cuando tú dices: te quiero, ¿qué puedo decirte yo?* Hacían llorar a cualquiera.

—¿Y se acuerda que traían un par de líneas biográficas que hablaban sobre el poeta, en dónde había nacido y lo que había publicado?

—Sí.

—Pues todos, o casi todos, eran escritos por Torres.

—¡No puede ser! —replicó Gondret—. ¡Pero si eran horribles!

—Eran los versos mediocres de un buen poeta que estaba aprendiendo frente a todos, inspirado, entre otras cosas, por ese mal consejero que es el amor sin fortuna.

Suárez Vallejo sintió que había triunfado de nuevo cuando miró la sonrisa que le dibujó a Gondret.

—Agazapado detrás de algún seudónimo exótico —continuó Suárez Vallejo—, Torres empezó a jugar. Se inventaba personajes de biografías insólitas y vivía a través de ellos proezas imaginarias en lugares tan distantes como Dargaville, en Nueva Zelanda, o en una isla perdida al frente de Dinamarca. Mentía con precisión y sus lectoras, pensando en la existencia de mundos que era mejor soñarlos que conocerlos, aplaudían sus *traducciones* y el esfuerzo del muchacho por consentir la ansiedad de las mujeres que acaso leerían con devoción al triste e inconsolable poeta

tuberculoso Viljo Manner, nacido en la ciudad de Helsinki, que atravesó los Balcanes tras una mujer a la que nunca alcanzó y le dedicó su obra antes de expirar en brazos de un sacerdote búlgaro que lo llevó hasta el Mar Negro para enterrarlo en sus aguas.

—¿Y Collinson? —dijo Gondret—. ¿También era él? Mis tías lo recitaban con un fervor de beatas.

—El poeta de Chicago que murió en los años veinte por traficar con alcohol —recordó Suárez Vallejo—. ¿Saben que Peter Collins, en el argot de la época, aludía a los perdedores, a los que no eran nadie? Torres le robó la idea a un escritor que añadió al Peter Collins el *on* para quedar Peter Collins-on, es decir, *hijo de nadie*, lo que entonces presentía Torres creyendo que no tenía con quién comparar sus textos, a quién deberle influencias, como flor de invernadero, separado de los otros. Una soberbia que entonces le ayudó para atreverse y buscar su propio estilo, aliviando, con los años, la euforia de los que piensan que el mundo empieza con ellos y a los demás, ni mirarlos.

—No es fácil —aseguró Tosoratti.

—¿Qué cosa? —preguntó Suárez Vallejo.

—Ser joven.

—Y boludo —añadió Gondret.

—Pero sirve —concluyó Suárez Vallejo—. *Las cuatro formas del tiempo* fue escrito por ese impulso. Cansado de suspirar por mujeres imposibles, Torres prefirió olvidar el melodrama romántico y dedicarse a escribir sobre asuntos literarios.

—Un territorio seguro —comentó Gondret.